LA NARRATIVA DE SALVADOR GARMENDIA (I)

LA DECADA RENOVADORA VENEZOLANA

ANGEL RAMA

EL 23 de enero de 1958 señala un giro decisivo de la vida venezolana y por ende de su cultura y literatura. La caída de Pérez Jiménez, que sigue en pocos años a la de Perón en la Argentina y precede en meses a la de Batista en Cuba, registró, junto a la pública democratización de la vida nacional, una aglutinación de muy diversos sectores que se habían encontrado mancomunados en la lucha contra la dictadura y que habrían de enfrentarse antes de transcurrido un quinquenio. Como en la Argentina, como en Cuba, como es propio de su concepción liberal burguesa, los intelectuales habían militado casi unánimemente contra la dictadura que había derrocado a uno de los suyos en el poder: Rómulo Gallegos. Pero ahora, exiliados, difuntados en su tarea, recuperaban ahora la plenitud de sus derechos, se sentían responsables de la "impresionante revolución" que se operaba en su país después de la abismante década de la pasada dictadura" y habían de contribuir a la rica, turbulenta, confusa floración intelectual que se iniciaba, quizás la multitud de revistas, movimientos, obras y tanto más debates y discusiones y que hallaría en la Universidad uno de sus mayores centros activos.

Fue natural que quienes por ese entonces eran además jóvenes, bordeando los treinta años, consideraran que un nuevo período histórico les correspondía un papel protagónico. Aunque compartiendo las líneas políticas generales propias de los sectores a la se aportaban una sensibilidad, comprensividad —también gratuidad— y lucidez que les permitía comprender más a fondo la conflictualidad de la sociedad recién liberada de la dictadura y, para el caso que sus teorías no la interpretaran a cabalidad o no fueran capaces de reorientarla, aportaban simultáneamente una creación artística que la expresaba con mayor autenticidad. Quiero decir que, si a partir de enero de 1958 el verbalismo opinante de la intelectualidad venezolana llega a convertirse en una luciente selva tropical, a veces en desmedro del entendimiento objetivo, de una sociedad más que dinámica vertiginosa, ello queda sin compensación en un sciento intuitivo y rico en las apresuradas obras que se fraguan en la década transcurrida (1958 - 1968). Las mismas no escenden la energía y la verdad que les dan vida y, sobre todo, son compensadas a veces por la dramática originalidad, agra por el ardor inventivo de que son testigo.

Entre las múltiples revistas juveniles que surgen a la caída de la dictadura —particularmente importantes *Tabla Redonda* y *Crítica contemporánea*— hay una de corta vida que tendrá fuerte asendiente sobre la renovación literaria e intelectual. Es *Sardio* que publica ocho números (en seis entregas) entre 1958 y 1961 y cuyo comité de redacción se integra, a partir del número dúmero, con Adriano González León, Luis García Morales, Guillermo Sucre, Gonzalo Castellanos, Elisa Lerner, Salvador Garmendia, Rómulo Aguirre, Ramón Palomares, Fabricio Ojeda, Ramón Palomares, o sea algunos de los narradores, críticos y poetas que constituyen la primera línea de la actual literatura venezolana. Bajo el mismo sello aparecerán cuatro libros: *El reino de Ramón Palomares* quien será el poeta mayor de la promoción; *Los pequeños seres* de Salvador Garmendia; *Aguas de Lethe* de Adriano González León, hoy reciente premio Biblioteca Breve de Seix Barral; *Los pequeños seres* de Salvador Garmendia. Bajo el mismo sello de aguas en la narrativa venezolana contemporánea —lo que fue para el Uruguay *El pozo* de Juan C. Onetti— aparecerán otros cuatro artística y abiertos los tiempos modernos; por último una traducción de Saint John Perse: *Estrechos son los días*, que firman uno de los estudiosos literarios más agudos y precisos de Venezuela, Guillermo Sucre.

El movimiento de *Sardio*, imbuido del sartrismo a la moda, reclamaba la responsabilidad del intelectual ante la hora. En un manifiesto dulcemente literario afirmaba que "*ser artista implica tanto una voluntad de estilo y un ejercicio del alma como una reclamante moral y un compromiso ante la vida*" definiéndose con esta mellada fórmula: "*Es menester guemarse un texto en el fuego devorante de la historia*". Proclamarse afiliados a "un humanismo político de izquierda" no disimula la concepción elitista que les dominaba —como a sus congéneres colombianos de *Mito* ya desde antes— y que se evidencia en esa proclividad de los intelectuales a estimar que la pura y exclusiva emanciación de las ideas en un reiterado, obsesivo afán de conducción ilustrada. Tentas veces en tierras latinoamericanas se ha dado esta ilusión, que es el "Salón Literario" romántico de 1837 en Buenos Aires, hombs visto repetir esta esperanza, que ya no nos asombra su previsible fracaso. Pero si la vez debe reconocerse la imperiosa necesidad de élites rigurosas que tenía la cultura venezolana, no para educar a las masas solamente, sino para modernizar al país y ponerlo al día. Si en la primera de estas misiones fracasaron —y debía ocurrir así porque partían del batiscafo intelectual y no de la historia como realidad concreta en el nivel y circunstancia de la vida de un pueblo— en la segunda obtuvieron el más amplio éxito, fecundo y más excesivo que se conozca en América, porque pagaron la modernización con una mimetización dañosa para el creador. Es cierto que la abundancia de recursos económicos de que el país dispuso contribuyó a la concepción de esta cultura como importada de lujo. El sugo de una economía de exportación retiró, en otras coordenadas y tiempos, un fenómeno que en el Buenos Aires finisecular se llamó modernismo, estableciendo la pasiva aceptación de los valores externos. Su brillo ocasional, su aireito presumido de estar "a la page", no disimula la endeblez de muchas aportaciones literarias de esta modernización violenta —característica que ya ha sido denunciada en el tiempo de las artes plásticas— las cuales muy, pero muy pronto, nos resultarán tan vacuas y anacrónicas como las baratijas del bazar modernista.

SI hubo deformación, tristemente frívolona a veces, del afán de modernización, respondía éste sin embargo a una exigencia real y auténtica del momento. Las remanencias folklóricas resultaban agobiantes así como la literatura moralizadora a la que sigue adherida una clase burguesa cuando ya de facto la ha invalidado en la estructura económica y social que consigue crear. Los jóvenes de *Sardio* hicieron un distingo correcto: *No confundimos universalidad con cosmopolitismo, pero se nos hace evidente que el exceso de color local, con todas sus derivantes, ha vaciado de vital gran parte de nuestras manifestaciones artísticas*" con lo cual apuntaban al agobiante modelo Rómulo Gallegos o Andrés Eloy que, validos de su tiempo y respetables en su honrada invención artística, ya no servían a los jóvenes creadores. De ahí estas enunciaciones programáticas: "*Es imperioso elevar a perspectivas más universales los alucinantes temas de nuestra tierra. La anécdota, el paisajismo, la visión pintoresca de la realidad, no son más que fraudes a los requerimientos de la epoca. Debemos alimentar una firme voluntad de estilo, una vigilante dedicación al estudio y una ideología más original y moderna. Nuestra cultura aparece ayuna de ideas y problemas, como si aún viviéramos en una Arcadia de imperturbables negocios. Hay que poner de relieve una conciencia más dramática de la realidad y del hombre. Pero una conciencia rigurosa, extremada de lucidez y de exigencia*".

A pesar de tales altivas razones, no fue en el campo de las ideas donde se destacó el movimiento de *Sardio*. Eso debes buscarlo en el capítulo de *Crítica contemporánea* donde se aglutinaron, bajo el omnímodo patrocinio de Sartre, los escritores y profesores de entonces (los Carrera Damas, Di Prisco, Duno, Nuño, etc.) adoptando una actitud de crítica militante de la realidad del país que pasó por delante de sus aportaciones creativas. "Sartrianos" en cambio fueron básicamente literatos: poetas y narradores, ante todo, en segundo lugar críticos de letras y también en cambiado desorbitantemente del cine artístico y de las escuelas plásticas. Como el primer paso consistía en ponerse al día, romper con el pasado inmediato, corrientes universalistas que lo cancelaran bruscamente, y como al mismo tiempo su formación cultural todavía se hizo en la dirbita de la literatura concreta con sus rasgos estilosos de la aportación renovadora norteamericana, se remontaron a las vanguardias de la primera postguerra en Europa, es el largo estudio sobre "Dada" de Georges Ribemont-Dessaignes que traducen, es la incorporación al espanol de textos de Antonin Artaud o de Tristán Tzara; luego, de la segunda postguerra, también francesa, Adamov, Samuel Beckett, etc. Tardíamente aparecerá Thomas Wolfe y Dylan Thomas, similides por su impetuoso frenesí. Aparecía en esos elementos la predilección de un nihilismo explosivo que habría de cultivar en otras circunstancias históricas y políticas. Ese movimiento que se desgaja de *Sardio* por 1961, cuando la publicación y el grupo se disgregan, y genera *El Techo de la Ballena* (González León, Eduardo Aray, Efraín Hurtado, Juan Calzadilla, Pérez Perdomo, Contramaestre, Caupolicán Ovalles, etc.) en tanto otros escritores ejercitan el "rappel a l'ordre" que ya ofrecíera como alternativa la vanguardia francesa de entrambas guerras: es el caso de Guillermo Sucre que se incorpora a *Zona Franca*, la revista de Juan Liscano.

Si el esfuerzo de modernización tomó por el lado del dadaísmo y el surrealismo, como ya se ha visto perceptible en la generación mexicana de Octavio Paz, o argentina de Enrique Molina, no es esto obra del mero capricho, como no lo ha sido en los otros lugares de América Latina donde se lo registra, y corresponde a la situación tanto de los escritores conflictos con el universo en que se movían. Es evidente que el irracionalismo subterráneo de aquellas corrientes se correspondía con el vivido ardiente y la confusión intelectual —la falta de sistemática y clara capacidad interpretativa de lo real— de los jóvenes que emergían en la vida literaria. Pero a la vez el mundo que veían y que los formaba parecía amasado con imágenes surrealistas, al punto que un profesor de filosofía que después tomaría un rumbo revolucionario, Pedro Duno, comenzaba a definir el drama de la cultura nacional partiendo de la incoherencia de la comunidad venezolana, pensando subrepticiamente en ese bello estudio de Jean Jaffeux que es Nueva Caracas. Decía: "*De hecho es posible apreciar algunos datos elocuentes: la desintegración del campo y la ciudad, la superposición de diferentes épocas, lo total ruptura entre los intelectuales y los demás sectores de la vida nacional, la ausencia de una evolución sistemática de toda actividad artística y en proceso, la discontinuidad generacional antiguiamente del pasado, la anarquía de valores, el anacronismo o la coexistencia misma por así decir, el tener que plantearnos como problema nuestra relación con la nacionalidad, el no saber —en suma— en qué consiste o debe consistir nuestra manera de ser*".

SI tal se presentaba la realidad resultaba obvio que los mecanismos expresivos de los escritores que trataran de expresarla, entenderla, recrearla o reinventarla, debían ser también nuevos, afines a esa estilística y turbulenta realidad. De lo mismo resultaron apropiadas las técnicas derivadas del surrealismo, en especial su gran felicidad para el montaje simultáneo y sin sutura indiferenciado de materiales del inconciente, así como la explosividad verbalista, la elección de asuntos irrumpirán en la poesía y, aunque no sea novedad en la narrativa basta recordar a Marqué Salas; en ella adquirirán una dimensión de "alucinantes temas" en modo exasperado, para usducir los "alucinantes temas". Quien lo consigue en el nivel alto es Salvador Garmendia, un escritor que está por alcanzar los cuarenta años hoy y que de un modo diríamos disimulado y secreto, sin manifestos y teorías, construyó una obra narrativa de una madurez y originalidad que a la fecha integran cinco títulos: *Los pequeños seres* (1959), *Los habitantes* (1961), *Día de penitencia* (1962), *Doble juego* (1966), *La mala vida* (1968). Su obra de una década lo sitúa a la cabeza de la nueva narrativa venezolana, con una literatura difícil, sin concesiones, tercamente personal y auténtica.

No es lo que propiamente llamaríamos un intelectual, el "hombre de letras" que cultiva las frases y aun podría pensarse, vista alguna anotación crítica sobre Schonberg— que pronto se rehusó al ejercicio eventual de la crítica literaria o el comentario artístico, para resguardarse en el campo exclusivo de la creación narrativa, como quien se inserta en un laberinto oscuro, subterráneo, obsesivo e inexplicable, donde bucear en una misma y única dirección hacia el encuentro consigo mismo con una realidad última que conduzca por dar explicación y ordene el caos vital, tal como se lo ve afirmado explícitamente en su última novela, *La mala vida*, que quiere ser "una interpretación de un destino y un mundo.

Este alejamiento de la vida intelectual se apunta también en la conversión de su literatura a un orbe cerrado. En la primera entrega de *Sardio* todavía podía contribuir con un texto canusiano, "Crusoe" que respiraba ambición mental acompañándose de líricas imágenes poéticas. Pero ya a comienzos de 1959 lo que entrega es un fragmento de su novela *Los pequeños seres* donde está en semilla las fuertes tenaces de su invención literaria: en adelante sólo novelas y ocasionalmente cuentos (*Doble juego*) que parecen fragmentos de novelas será los que dé a conocer, consiguiendo que sus cinco títulos puedan ubicarse unos con otros en una sola saga, parsimoniosa exploración, que quizás desalliente al lector apresurado pero que al perspicaz le proporciona el hallazgo exaltante del "universo tres". Aparentemente es el recuento canisino de la realidad y sin embargo no es la realidad, es su contextura secreta aprehendida con la implacable objetividad del narrador.

(En el número próximo: *La realidad alucinante*).

PROLOGO

publicará

LA GENERACIÓN DEL 45

por GRACIELA MANTARAS

• Desde que fuera censurado por la generación del 45, todos lo querían leer.

APARECE LA PRÓXIMA SEMANA

PROLOGO

publicará

INTRODUCCIÓN AL CRIE

por R. FERNÁNDEZ RETAMAR

• Un ensayo inédito del escritor cubano, enviado especialmente para Prólogo.

APARECE LA PRÓXIMA SEMANA